

Victor Sánchez

La Araucanía, Angol y el indio



El ilustre amigo y copaisano Diego Dublé Urrutia me ha dado tema, sin saberlo él, para este trabajo. En una extensa carta en que comenta mi último libro histórico, *Angol, la Ciudad de los Confines*, me dice, a propósito de la historia gloriosa de Arauco:

“En una carta mía publicada en una revista de Angol, me lamentaba de que, a pesar de tantos autores, estuviera aún sin escribirse, por hacerse, la historia de los 25 años de la definitiva conquista y pacificación de la Araucanía. No había leído entonces la obra de usted, que viene a llenar, en cierta forma, este vacío, y con tal espíritu de justicia y exactitud. Y digo *en cierta forma*, porque como admirador de Ercilla y de sus hijos líricos y épicos, y de la última época de la guerra de Arauco, y aun por el interés personal y familiar que siento por todo lo que atañe a ese período, sigo creyendo que esos 25 años, con sus cuatro jefes militares y su ejército, allí formado, que fué el triunfador de la guerra contra el Perú y Bolivia, merece una obra aparte, exclusiva, y... perdoneme esta debilidad, con algo de Poema, aún siendo verídicamente histórica. Sería algo como el canto final de *La Araucana*... Espero en Dios, y en... Apolo, que cualquier día de éstos surja en esas tierras, ya tan fecundas en historiadores y poetas, un gran bardo que nos dé, que le dé a Chile y a las Letras americanas, esta obra. Y creo que el es-

tudio tan completo y original de usted será para ese bardo la mejor fuente de información, entre todo lo que se ha escrito sobre la materia”.

En realidad, mucho dijo Ercilla en su admirable poema, en relación con el período de la Conquista. Como poeta, también, algunas veces, dió demasiado juego a su fantasía. Pero no cabe duda de que la guerra de Arauco, en todos sus períodos, es una viva epopeya, con la cual debemos sentirnos orgullosos todos los chilenos y, especialmente, los que hemos nacido en las tierras del indio indómito.

En la historia de la pacificación de Arauco se destacan, en forma natural, dos períodos: el español y el republicano, separados ambos por un lapso de casi un siglo.

Concepción fué, durante numerosas temporadas, la verdadera capital del Reino de Chile; pero no se puede negar que Angol, tanto durante el período español como en el de la pacificación definitiva, fué el corazón de la guerra tres veces centenaria, con su centinela avanzado, el heroico fuerte de Purén, nido de los Catorce de la Fama.

Con respecto al soldado español, éste nada consiguió en definitiva para dominar al araucano, y una vez de asegurada en gran parte la Independencia de Chile, el indio siguió luchando contra el chileno durante el período trágico de la Guerra a Muerte, que en forma tan vívida han recordado Vicuña Mackenna, Tomás Guevara y Antonio Acevedo Hernández, hijo este último de Angol.

En la vida chilena, Angol ha sido la más aporreada entre las ciudades de este país. Su historia recuerda seis destrucciones, la última de las cuales ocurrió en 1766.

Soldados ilustres de España cimentaron seis veces sus bases, y otras tantas el brazo implacable del indio convirtió sus moradas en restos calcinados, que quedaron como mudos testigos de la porfía hispana.

Después de cada destrucción, Angol seguía viviendo en espíritu: sus moradores buscaban amparo en las ciudades más cer-

canas, generalmente La Imperial o Concepción, y su cabildo continuaba representando al pueblo que sólo vivía en el recuerdo.

Tres de las ciudades coloniales no pasaron del estado de simples campamentos o fuertes militares, debido a su corta duración: la fundada por Pedro de Valdivia, tres meses; la segunda, de Francisco de Villagra, un año, y la sexta, de Antonio Guill y Gonzaga, apenas un mes. Dos años y medio de existencia tuvo la cuarta ciudad, instalada por Alonso García Ramón, y tres la quinta, de Francisco de la Vega.

En consecuencia, sólo el tercer Angol colonial, fundado por orden de don García de Mendoza, logró convertirse durante su vida de cuarenta y un años en verdadera ciudad, donde la vida civil tomó pleno y firme desarrollo.

Después de las seis destrucciones, en 1862, en el período luminoso de la República, un distinguido soldado, el coronel don Cornelio Saavedra, dió existencia definitiva a la ciudad de nombre legendario que se destaca bella en medio de la esmeralda de sus ubérrimas campiñas bañadas por el Rehue, el Picoiquén, el Húequeñ y el Malleco.

El fundador de la primera ciudad de Angol, en septiembre u octubre de 1553, poco antes de la muerte de Pedro de Valdivia, fué el capitán Francisco Gutiérrez Altamirano, y es curioso recordar las condiciones en que cumplió las órdenes de su Gobernador. El mismo lo dice en su probanza de servicios: "Y si saben que después de poblada esta cibdad de Valdivia, se fué el dicho Gobernador á la Concepción, y desde allí fundó la cibdad de los Confines, donde me mandó á mí, el dicho Francisco Gutiérrez Altamirano fuese a poblalla; aunque al presente yo estaba muy enfermo, me hize llevar en una hamaca para cumplir loquel dicho Gobernador mandaba". Algo muy propio de la hombría de los conquistadores hispanos.

La ocupación definitiva de la Araucanía, a contar desde 1861, se debió a la mente visionaria del gran militar y estadista don Cornelio Saavedra.

Poco a poco se fué avanzando la línea de frontera, y fueron brotando o renaciendo nuevos pueblos: Purén, Lumaco, Traiguén, Lautaro y Temuco, y fuertes intermedios que más tarde se convirtieron en villas; hasta rematar la dura campaña el 1.º de enero de 1883 con la ocupación de la heroica Villarrica, que fué restaurada en el mismo lugar en que aún se alzaban los restos de sus gloriosos muros coloniales, hazaña muy personal del general don Gregorio Urrutia.

Seis ilustres militares participaron sucesivamente en esta empresa formidable: el coronel Cornelio Saavedra, el general don José Manuel Pinto, el coronel don Basilio Urrutia, el general don Gregorio Urrutia, el general don Marco Aurelio Arriagada y el general don Alejandro Gorostiaga. Los dos últimos sólo tuvieron la tarea de asegurar el dominio establecido por los cuatro primeros jefes, y afirmar el sistema administrativo.

Los soldados de Chile debieron luchar contra el indio y contra las dificultades que les presentaba la naturaleza. Baste recordar que para abrir camino en la última etapa a Villarrica, un corneta avanzado en medio de la espesa selva indicaba con su instrumento a los hacheros la dirección de la ruta.

La campaña de Arauco había sido la mejor escuela para la formación de un aguerrido y disciplinado ejército; y fueron estos cuerpos de tropas los primeros que partieron al Norte al producirse la guerra de 1879. Muchos de sus jefes llegaron a convertirse en héroes de renombre: Eleuterio Ramírez, Pedro Lagos, Ricardo Santa Cruz, los Barboza, Baldomero Dublé Almeyda, Marco Aurelio Arriagada, Alejandro Gorostiaga, y muchos más.

De uno de los cuatro generales conquistadores de la Araucanía, don Basilio Urrutia, decía Leandro Navarro en "Crónica Militar de la Araucanía:

"El único nervio de esa heroica guerra fué la disciplina, obra del carácter, perseverancia, previsión, y energía de ese ejército del sur que comandaba Urrutia, que lo creó y mantuvo en forma inflexible durante los 15 años que, más o menos, gobernó civil y mi-



litarmente la frontera de Arauco, bajo la confianza absoluta que en él depositaron tres de los más ilustres Presidentes de Chile: Pérez, Errázuriz Zañartu y Pinto.

“La disciplina de nuestro único ejército, que comandaba su jefe don Basilio, como se le decía, era soberbia; se vivía en pleno cuartel; el general, para no relajarla, no permitía ni siquiera transitoriamente se abandonara el traje militar. Durante su época se peleaba con los indígenas y se ejercitaba a diario a las tropas en las más rudas faenas militares”.

Con respecto al soldado raso, pocas veces se ha visto un sacrificio mayor con menos expectativas de ganancia material.

Cuenta don Leandro Navarro que una de las campañas anteriores a la repoblación de Angol “duró tres meses en el interior, soportando (los soldados) toda clase de privaciones, y en que la tropa y oficiales se vieron invadidos de parásitos en tan larga jornada, y en que la gente salía sólo con lo encapillado, y porque con las frecuentes lluvias de esos climas la ropa tenía que secarse en el propio cuerpo.

“Pero no sólo en ésta, agrega, sino en todas las campañas que tuvieron lugar, y que acabamos de describir, tenían que someterse a los rigores que con las frecuentes lluvias hacían crecer los ríos y esteros tan repentinamente, que en un día, al pasar una división, ya al regreso de esa misma se encontraban con que el mismo río había perdido de vado. ¡Cuántos de esos soldados anónimos fueron arrastrados por impetuosa corriente! . . .

“Y estos sacrificios y peligros se prolongaron durante veinticinco años, pues, conseguida la dominación de una “línea”, había que avanzar sobre la siguiente, con las mismas dificultades que había presentado la anterior”.

El teniente coronel don Alberto A. Gándara, también actor, como Navarro, en la pacificación de Arauco, dice de los militares de aquella grandiosa empresa:

“Aislados allá en ese torneo incesante de la Araucanía, en ese

cruel noviciado en que las exigencias de celosas economías imponían al militar chileno ante los rigores de la escasez de todo recurso humanitario la necesidad de equipararse al salvaje contra quien iban a combatir sin gloria, expuestos a que cualquiera acción que los hiciera notorios en pro o en contra de los intereses nacionales se convirtiera en un peligro de perder las legítimas expectativas de su carrera y provocar su ruina”.

Ambrosio Letelier, también militar de la época, agrega:

“Es necesario ver los trabajos que ha hecho el ejército en aquellos lugares para comprender los sacrificios sin cuento que ha debido arrostrar en la realización de una obra a que están vinculados los más caros intereses de la República. Inmensas leguas de caminos abiertos a pala y barreta, puentes innumerables, grandes recintos foseados, cuarteles, telégrafos, edificios fiscales, obras que importan centenares de miles, todo lo ha hecho el pobre soldado con el sudor de su frente y el esfuerzo de su brazo, barreta en mano y fusil a la espalda, durmiendo a la intemperie sobre el suelo húmedo y pantanoso, gastando su mezquino sueldo en ropa y en zapatos, comiendo apenas una escasísima ración de hambre comprada a peso de oro, batiéndose cada día para defender su obra y su pellejo de las lanzas araucanas, sufriendo todas las privaciones imaginables, físicas y morales, desnudo y olvidado, con hambre y sin esperanza de recompensa, muriendo sin gloria en una guerra tan encarnizada y sangrienta, como escasa de méritos y de interés en el concepto de los que la miraban de lejos, al abrigo de sus palacios y al calor de la bien provista estufa”.

Y nosotros añadimos: fueron estos soldados, formados en una escuela ruda, los que, al desencadenarse la conflagración del 79, se cubrieron de gloria en Antofagasta, Calama, Pisagua, Arica, Tacna, Chorrillos, Miraflores, Lima y Huamachuco.

Después de meditar en este cuadro lleno de dolor y de grandeza, cuánta razón tiene Dublé Urrutia en su deseo repetido al comienzo de esta disertación.

PERSONALIDAD DEL INDIO

La personalidad del indio merece un comentario amplio.

El primer cimiento de nuestra nacionalidad fué el indio, cuya fama ha cruzado los ámbitos de América y del mundo entero.

Sin duda que gran parte de este renombre se debió, desde los primeros tiempos de la Conquista, aparte de los comentarios de numerosos conquistadores, a Alonso de Ercilla, quien captó en forma admirable muchas características de la vida del indio.

Creo que los que estamos empeñados día a día en "hacer patria", profesores, militares, periodistas, etc., debemos interesarnos por establecer la verdad de lo que fué el indio chileno.

Y para realizar esta labor tenemos que retroceder 400 años, en que vemos, a través de los relatos de cronistas, historiadores y poetas épicos, al indio puro, al indio libre, con todas sus bellezas y todos sus defectos.

Me referiré principalmente al pueblo araucano, prescindiendo de picunches, huilliches y pehuenches, que tuvieron un papel secundario en la historia chilena.

Ante todo, su patriotismo y afán incansable por la defensa de su tierra. Tanto en lo relacionado con esta virtud cumbre del araucano, origen de su renombre universal, como en las otras cualidades a las cuales me referiré, tomaré como base principalmente los relatos de los cronistas de la Conquista y de la Colonia, citando a menudo en forma textual sus declaraciones, a fin de no restarles el menor mérito.

Patriotismo.—Ercilla, al decir en su obra poética que la raza araucana no había sido "por rey jamás regida, ni a extranjero dominio sometida", no sólo confirmó una verdad de aquellos tiempos, sino que esta verdad se afirmó por más de trescientos años, ya que hasta fines del siglo pasado el indio se mantuvo parcialmente indómito.

Sabemos que tanta importancia se dió en España a la guerra de Arauco, que, como lo dice Pedro de Córdoba y Figueroa, el rey

hizo el honor "de que fuese de igual mérito a la de España, Flandes e Italia. Y lo que más es, se hacen paces con ellos (los 'indios) como con potencia extranjera, y con indecoro de las armas".

El hecho de que el aborígen chileno no hubiera sido por rey jamás regido, lo formó profundamente individualista, libre, indómito, rebelde, a diferencia, por ejemplo, del quichua, en que su socialismo de estado, su disciplina colectiva, lo hicieron fácil presa del conquistador español. En Chile los toquis aparecían sólo en los períodos de guerra.

Pero el patriotismo unía a los indios. El citado Córdoba y Figueroa dice al respecto: "Es cosa notable y digna de toda ponderación que para la guerra deponen sus domésticos intereses y particulares querellas, y teniendo tanta propensión a la embriaguez cual es ponderable en ella, se vuelven sobrios y precavientes, como la nación más política lo pudiera ejecutar".

Su patriotismo, si se quiere fanático, los hizo actores de hechos notables, dignos de la epopeya.

Cuando el indio prisionero debía morir a mano de los españoles, pedía que la pena se cumpliera, como un gran honor para él, "a la usanza de la tierra": cada víctima salía al campo, a guisa de gladiador, y allí, fingiendo que se hallaba en batalla, completamente desnudo y desarmado, se dejaba matar, retando a sus inmoladores como a viles y cobardes, ensalzando a voces las hazañas de sus antepasados.

Copiemos un hermoso párrafo de Góngora y Marmolejo, que vino con Pedro de Valdivia a descubrir y conquistar, relacionado con un suceso acaecido después de las batallas de Lagunillas y Millarapue, 1557, en las que quedaron prisioneros diez caciques:

"A estos principales don García los mandó ahorcar todos. Allí se vido un cacique, hombre belicoso y señor principal, que en tiempo de Valdivia había servido bien, indio de buen entendimiento, después de haber procurado que le dieran la vida, no pudiéndola alcanzar, aunque muchos lo procuraban por ser tan conocido. Este, viendo que a los demás habían ahorcado, rogó mucho al alguacil

que lo ahorcarse encima de todos en el más alto ramo que el árbol tenía, por que los indios que por allí pasasen vieses había muerto por la defensión de su tierra”.

¿Acaso no nos recuerda este hecho las palabras inmortales del espartano?

El indio no se creía inferior como guerrero al más grande de los generales españoles. Bástenos citar el hecho estrictamente histórico del duelo singular entre el cacique Cadeguala y el maestre de campo Alonso García Ramón, frente a las defensas de Purén: los indios sitiaban ese fuerte del corazón de Arauco, al mando del jefe mencionado, el que ideó una forma caballeresca para determinar en breves momentos cuál era el vencedor: retó a duelo, gritando ante los admirados españoles, al maestre de campo para el tercer día. El lance fué aceptado por éste.

Cumplido el plazo, ambos gladiadores, armados de lanzas y montados en hermosos caballos de guerra, se presentaron seguidos de selecto acompañamiento que se instaló en líneas paralelas y en campo contrario. Dada la voz de ataque, acometieron ambos fieramente, siendo atravesado el cuerpo del indio por certero lanzazo. Y aunque Cadeguala se esforzó por continuar la lucha, su cuerpo desfallecido cayó para no levantarse más.

Cuenta don García de Mendoza que él también fué retado a duelo singular por el toqui Caupolicán, duelo que no aceptó por considerarlo degradante para su persona. “Desafiándose en forma, como si fuera hombre de gran punto”, son sus palabras.

Aún en pequeños detalles se demostró el desprecio del indio por el dolor. Dice Mariño de Lobera que en 1554 cumplía un mapuche una pena que era muy corriente aplicarles: ponerlos en el cepo, es decir, entre dos trozos de madera que se cerraban, aprisionándoles por los tobillos. Pues bien, nuestro indio, a fin de librarse de su prisión, se cortó los talones, consiguiendo así su objetivo.

Voy a citar algunas palabras del general don Indalicio Téllez, autor de una interesante *Historia Militar de Chile*:

“Si es cierto, como dijo Napoleón, que el valor consiste en sa-

ber sufrir, ningún pueblo ha sido más valiente que el araucano, que en repetidas ocasiones demostró la impasibilidad más absoluta para soportar el dolor”.

Cuando don García de Mendoza comenzaba sus operaciones guerreras al sur del Biobío, en 1557, en el primer combate fué tomado prisionero Galvarino y sometido al bárbaro suplicio de todos conocido. Pues bien, sabemos que la lección que el jefe español quiso dar a los indios, produjo un resultado totalmente contrario, y en la batalla siguiente, la de Millarapue, Galvarino agitaba sus muñones de brazos entusiasmado a sus hermanos en la pelea. Desgraciadamente, a raíz de este hecho de armas fué de nuevo cogido y pagó con la vida su patriotismo.

El suplicio de Galvarino no fué único en la historia indígena. El padre Rosales cita el caso del indio Liencura: “Traía este indio muchos cuchillos de hueso, porque no tenía hierro de qué hacerlos, y traía unos colgados a la garganta y otros a la cintura; y preguntado para qué los traía, dijo que para cortar las manos a los españoles y darlas a comer guisadas a sus soldados como si fueran de carnero; y por este dicho, que se echó en risa, le dieron la vida y le mandaron cortar las manos con sus propios cuchillos, por el mal intento, castigándosele y perdonándole la vida por el donaire o claridad con que había confesado su bárbaro intento”. Todos también conocemos el suplicio a que fué sometido Caupolicán.

Pero sin duda que el indio que simbolizó el patriotismo araucano fué Lautaro, el joven y genial toqui, a quien don Crescente Errázuriz llama “el más ilustre guerrero que se opuso en Chile a las armas españolas”. Agrega: “Habían pasado los años, se habían sucedido los combates, otros indígenas habían mandado con brillo a los rebeldes, y los españoles, que tomaron parte en esas luchas, cuando en sus declaraciones hablaban de aquellos acontecimientos, colocaban unánimemente a Lautaro en el primer lugar: para ellos había sido el indio más valiente, belicoso, astuto y temible”.

El general Téllez resume así la actuación de este héroe:

“Tuvo todas las características del genio. Analfabeto y pisan-

do apenas los umbrales de la vida, tomó el mando de un ejército que de tal no tenía sino el nombre, y recogiendo una herencia de no interrumpidos desastres, lo llevó hasta su muerte de victoria en victoria, sin conocer jamás el polvo de la derrota.

“No le tocó, como a otros generales, la suerte de actuar al frente de grandes y bien disciplinados ejércitos, sino de hordas que carecían de la más elemental preparación guerrera; no tuvo ejemplos que seguir; no contaba con el más mínimo bagaje de conocimientos; carecía de armas apropiadas para resistir al enemigo, y, sin embargo, venció, venció siempre y murió invicto. ¿De qué otro general se puede decir lo mismo?

“Si crear es la característica del genio, Lautaro fué un genio en el más amplio sentido de la palabra. Todo lo creó: organización, táctica y armamento.

“Con justicia puede Chile enorgullecerse de ser la Patria de Lautaro”.

Juntamente con él murieron en Mataquito, sin dar ni admitir cuartel, 18 capitanes y 645 soldados indios, legando, como dice don Tomás Thayer Ojeda, “una divisa y un ejemplo que siempre ha guiado al ejército chileno”.

Estos fueron los araucanos que, según el mismo general ya citado, “idearon armas, cambiaron su táctica radicalmente, emplearon la fortificación como los mejores guerreros de su época, se convirtieron en arcabuceros apenas tuvieron arcabuces; en artilleros, apenas tuvieron cañones; y cuando consiguieron caballos, se transformaron en verdaderos centauros”.

Cuando sus fuerzas no les permitían oponerse a los españoles, como al tiempo de la fundación de Cañete, pusieron en práctica el sistema de tierra arrasada. Recordando este hecho Góngora y Marmolejo, dice: “Era gran lástima ver arder tantas casas voluntariamente, puesto el fuego por los propios cuyas eran, que para de indios eran muy buenas”.

Cuántas veces no pensé yo, cuando se hacían los preparativos para celebrar el cuarto centenario de la fundación de Concepción

que aquélla hubiera sido la mejor oportunidad para levantar aquí un monumento a Lautaro (1).

Odio y orgullo.—Por supuesto que esta guerra hecha en forma enconada, a muerte, fué creando en los indios un profundo odio hacia el español; y como los años pasaban y pasaban y nacían nuevas generaciones sin que el pueblo mapuche doblegara su cerviz, también se creó en él un gran orgullo por sus resistencias y sus triunfos.

Más tarde volví a pensar lo mismo al leer una parte de la obra de Arciniegas *Entre la libertad y el miedo*.

“El imperio de los aztecas era tan señor, dice Arciniegas, que los españoles, con todo su poder, no lograron borrar sus huellas. Sus héroes siguen pesando en la balanza de la historia, y no hay mexicano que acepte a Cortés como una figura más grande que Cuauhtémoc. De Hernán Cortés vienen escribiéndose obras laudatorias fuera de México, desde los tiempos de López de Gómara (1552), que suman una imponente literatura. Sin embargo, en vano buscará el visitante el bronce que exalte su memoria en México. Pero en el corazón de la capital, en una glorieta del paseo de la Reforma, se alza la estatua de Cuauhtémoc como la gran figura del siglo XVI. El mexicano Leopoldo Zea, al visitar el Perú, no salía de su asombro al ver en la plaza central un monumento al conquistador Pizarro, y que no hubiese, en cambio, la estatua de Atahualpa”.

“Es tan grande el odio que los indios tienen con los españoles, decía el padre Olivares, que habiendo de ajusticiar a un indio, y para convertirle, diciéndole los bienes que hay en el cielo, y de que él gozaría si se convirtiese, respondió: “¿Hay españoles en ese cielo que me has pintado?” Y respondiéndole que sí, dijo: “Pues, si hay españoles en ese cielo, no quiero ir a él”.

Cuando, pasados los años, aceptaron servir a los españoles, no

(1) No olvidaba que esta bella ciudad ha designado a sus calles céntricas con los nombres de los principales héroes de la epopeya araucana.

por eso se desprendieron de su orgullo de raza. Fueron ellos como su descendiente, el obrero chileno, siempre altivos.

Las encopetadas señoras de la Colonia, rangosas como princesas, se hacían conducir a menudo en sillas de mano, ya fuera para ir a la iglesia o hacer compras y visitas.

Los indios miraron siempre este servicio como repugnante para ellos, y sólo propio de los esclavos. Tanta fué su protesta al respecto, que un Gobernador comprensivo, don Alonso de Ribera, prohibió que se les obligara a llevar las sillas de mano, "si no es que ellos de su voluntad y pagándoselo lo quisiesen hacer".

Recuerda don Ignacio Domeyko que en cierta ocasión unos misioneros de la región de Tucapel emprendieron la obra de construcción de una nueva iglesia. Los indios aceptaron trabajar en estas faenas siempre que no vinieran obreros españoles.

Honradez del indio.—El indio no era ladrón, al menos dentro de su propia reducción.

En lugares donde vivía libre, dice el Intendente de Valdivia don Salvador Sanfuentes, "los indios antes de la Conquista, no dejaban, al marcharse de sus casas, otra seguridad que unas ramas verdes a sus puertas. Este era suficiente resguardo, porque entonces respetaban mucho la propiedad ajena, como también las mujeres e hijos de los otros. Desde la Conquista aprendieron a ser falaces y mentirosos".

Ya mucho antes Ercilla lo había dicho:

*La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras,
daban bien a entender que la codicia
aún no había penetrado aquellas sierras,
ni la maldad, el robo y la injusticia,
alimento ordinario de las guerras,
entrada en esta parte había hallado,
ni la ley natural inficionado.*

*Pero luego nosotros, destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo,
les dimos lugar ancho y ancha entrada;
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la codicia su estandarte,
con más seguridad que en otra parte.*

El mismo Ercilla pone en boca de Galvarino las siguientes palabras, refiriéndose a los españoles:

*... Y es un color, es apariencia vana
querer mostrar que el principal intento
fué el extender la religión cristiana,
siendo el puro interés su fundamento;
su pretensión de la codicia mana,
que todo lo demás es fingimiento,
pues los vemos que son, más que otras gentes,
adúlteros, ladrones, insolentes.*

El abate Molina, comentando la honradez de los indios, dice: "Siempre ha sido aplaudida la buena fe de aquellos pueblos en esta especie de contratos". (Se refiere a los comerciales).

Cita, en seguida a Raynal: "El español que quiere emprender este comercio se dirige luego a las cabezas de familia. Cuando ha obtenido el permiso necesario, corre por todas las habitaciones y entrega indistintamente las mercaderías a todos aquéllos que se presentan. Concluída su venta, anuncia su partida, y todos los compradores se apresuran para entregarle, en el primer lugar donde se ha de manifestar, los efectos que han convenido. Jamás ha habido ejemplo de la menor infidelidad"

Don Tomás Guevara recuerda que el robo era un hecho punible dentro de la zona emparentada, y considerado como habilidad, que daba provecho y honor, fuera de ella.

Gratitud del indio.—El indio sabía retribuir generosamente los servicios recibidos de parte de los españoles.

El insigne jesuíta Padre Diego Rosales, poco tiempo después de llegar a Chile, salvó su vida gracias a un mestizo a quien él había librado de la horca.

El *Cautiverio Feliz*, de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Es una hermosa novela, un bello poema de la vida real; pero su comentario lo dejaremos para el fin de este trabajo.

En cambio, en este momento citaré un episodio semejante al de Pineda.

Don Crescente Errázuriz, en *Seis años de la Historia de Chile*, recuerda que poco después de Curalaba, en que pereció el gobernador Oñez de Loyola, se produjo, juntamente con la destrucción de todas las ciudades del sur, el incendio de Chillán, y cita un hermoso episodio, tomado de *Borradores de una relación de la guerra de Chile*:

“Dígase en honor del hacer bien que entre algunas personas que en esta ocasión cautivaron, fué una señora principal, llamada doña Leonor de la Corte, que por salvar sus hijos quedó ella en poder de los enemigos; que, con hacer a los demás mal tratamiento, al fin como bárbaros, conociendo a esta señora y que en el tiempo de la paz los agasajaba y acariciaba, tuvieron este reconocimiento: que en los días que estuvo cautiva no sólo no la maltrataron, pero la regalaron y sirvieron y le dejaron todas las criadas que la servían en su casa. Y cuando se rescató, la acompañaron todos los caciques hasta el lugar del contrato. ¡Tanto puede el hacer bien, aunque sea a bárbaros!”

Fidelidad.—Ercilla . . .

*iba con los soldados platicando
de la fe de las indias y constancia
de muchas (aunque bárbaras) loando
el firme amor y gran perseverancia.*

Las indias eran fieles a sus maridos. Sólo las mujeres solteras eran dueñas de disponer libremente de sus actos. Las casadas servían a sus maridos con entera devoción.

El Padre Rosales pinta un hermoso cuadro de amor conyugal:

“En estas correrías —dice— yendo el capitán Rengifo caminando con cuarenta soldados, encontró a la ceja de un monte una india llorando, y preguntándole la causa, le dijo: que aquella noche habían convidado a su marido a una fiesta y en ella había cargado tanto la mano en beber, que cargada la cabeza estaba tendido en aquel camino. Y lloro porque vosotros los españoles, aunque soléis ser piadosos, estáis de nosotros ofendidos y le habéis de matar en encontrándole; y el quitarle a él la vida ha de ser quitármela también a mí. Ruégote, capitán, que nos la concedas a los dos, que yo y él te serviremos toda la vida. Oyóla con piedad, y conociendo el amor que al marido tenía, la prometió de no hacerle mal ninguno. Llegaron al lugar donde el indio estaba y lleváronle consigo hasta el alojamiento, donde, vuelto en sí, se halló como en otra región y con su mujer a su lado, que jamás se quiso apartar de los españoles, sino servirlos fielmente, agradecida al haber dado la vida a su marido. Ejemplo grande de una bárbara de fidelidad y amor al marido, pues pudiendo escaparse en el monte, quiso antes, por librarle, ofrecerse a perpetua servidumbre que vivir desleal y dejando al marido en el peligro”.

Esta lealtad hacia los suyos el indio también la hacía extensiva hacia sus amos españoles que lo trataban bien. En nuestra *Historia de Osorno* hemos relatado el afecto que prodigó Huentemagu a su cautiva, la monjita sor Francisca, cuya muerte, después de varias alternativas, ocasionó, según la leyenda, el fin de su raptor, protector y siervo, que todo eso lo fué siendo sucesivamente.

El indio y el trabajo.—El indio no trabajaba demasiado, pero esto tiene una explicación muy lógica, tal como sucedió en el siglo pasado con el pueblo chileno, por falta de caminos y medios de movilización de sus productos. ¿Para qué producía más de lo que necesitaba, si no tenía a quién vender?

Cierto es que los indios eran imprevisores, lo que hizo corriente que alternaran períodos de hambruna con otros de hartanza.

En el trabajo, pese a su individualismo, practicaban la cooperación más amplia en muchas de sus actividades, desde la construcción de sus casas (rucán) hasta la realización de las cosechas, actividades ambas que culminaban con grandes fiestas en que el licor se servía sin medida.

Hemos dicho que el indio no trabajaba demasiado y que su imprevisión lo hizo sufrir períodos de hambre; pero esto fué en pleno período de la Colonia. Si nos atenemos a las declaraciones de los primeros jefes españoles que los conocieron y observaron, llegamos a una conclusión totalmente distinta.

Pedro de Valdivia calificó a los indios de "grandísimos labradores". Según sus informes al rey, sembraban "maíz, papas, quínuva, madí, ají y frisoles". Su capitán Juan Bautista Pastene recogió en tres viajes con sus navíos, sólo en la región de la actual provincia de Arauco, una cantidad de maíz calculada en unas 600 a 1,000 toneladas, ya que no sólo les quitaban el alimento necesario para el ejército, sino para reducir por hambre a los indígenas.

Valdivia vió también en La Imperial, lo más poblado de Arauco, una región "próspera de ganado como lo del Perú, con una lana que le arrastraba por el suelo". Cosas semejantes cuenta Pastene cuando en septiembre de 1544 hizo su viaje por mar hasta las actuales provincias de Valdivia y Osorno. Frente a esas tierras, bahía San Pedro, vió "indios e indias a la costa y muchos buhíos, que son sus casas, y muchas sementeras".

En su viaje de regreso, cerca del lugar donde se levantó la ciudad de Valdivia, fueron "a dos poblezuelos que estaban a dos tiros de arcabuz" y tomaron allí "veinte ovejas, que no quisimos más, y maíz y otras cosas que en sus casas tenían los indios".

Francisco de Villagra, sucesor inmediato de Valdivia, escribió, refiriéndose a Chiloé: "Entiendo que (estas tierras) han de hacer ventaja a las que agora están vistas en las Indias, por ser muy poblada gente, vestida de manta y camiseta como la del Cuzco y haber

mucha comida y grandes insignias de oro y plata, buen temple y buenas tierras de riego”.

Don García de Mendoza, de regreso de su viaje al sur, en que fundó la ciudad de Osorno, escribió: “Hallé treinta o cuarenta mil indios de la manera y disposición de los de atrás, bien vestidos y con zarcillos y otros arreos de oro fino y de oro sobre plata y mucho ganado y sementeras hasta que fuí a dar a un lago grande”.

Debemos advertir que el maíz no se producía espontáneamente en Chile, de modo que los indios tenían que tomarse el trabajo de cultivarlo.

Don García, que estuvo en Chile desde 1557 hasta 1561, dice que halló un pueblo próspero, a pesar que desde 1554 comenzó un verdadero retroceso de la cultura indígena. Se unieron, para su desgracia, la guerra, con la destrucción de sus medios de vida, y las epidemias que los azotaron implacablemente: el chavalonco, que no era otra cosa que la fiebre tifoidea, y el pirucutrán, o viruela, triste presente que trajeron los españoles. La tisis pulmonar era desconocida entre los araucanos.

Pues bien, todas estas calamidades produjeron, sobre todo entre los años 1554 y 1557, una enorme mortandad de indígenas, y el hambre los llevó, según declaraciones de mucha gente de la época, al canibalismo, práctica salvaje que no conoció antes el libre pueblo araucano.

Otras virtudes y defectos.—Es efectivo que el pueblo araucano fué muy aficionado a la bebida. Algunos comentaristas de sus costumbres han creído justificar esta afición con el clima, que los obligaba a emplear medios artificiales para reaccionar contra el frío, como complemento y excitante de la vida nutritiva, bienestar y alegría. Todavía el pueblo chileno dice: “¡Hay que calentar el cuerpo!”

Sus reuniones y visitas se ceñían a estricto protocolo, en las que se rendía homenaje a la jerarquía y a la ancianidad. Para todo había un orden y ceremonia.

En sus fiestas los indios eran sumamente generosos, y el ambiente de ellas era alegre y lleno de arte bucólico y sonoro, muy propio de

su temperamento viril. Eran hospitalarios y generosos, pero todas estas dádivas las otorgaban a manera de préstamo y que, por lo tanto, debían ser retribuidas.

Las dotes de habilidad que los araucanos demostraron en la guerra rebelan que era un pueblo inteligente, hábil para imitar procedimientos e idear otros. Los historiadores ponderan, sobre todo, su memoria topográfica que, según Guevara, rayaba a veces en lo prodigioso. Sus huerquenes, emisarios o recaderos, repetían en forma textual el mensaje de su jefe, en estilo directo, en lo que se ensayaban durante el trayecto.

Con respecto a la higiene, no debemos olvidar que a los cautivos españoles les costaba acostumbrarse al baño matinal que todos los indios se daban diariamente en el río junto al cual construían sus viviendas. “¡Küme küllpuduwaimu!” decían las madres a sus hijos cuando salían para ir al agua: “¡aseaos bien el cuerpo!”

Uno de los guerreros y cronistas, Gómez de Vidaurre, dice en su *Historia*:

“Siendo la complexión de todos estos habitantes de Chile robustísima, gozan ellos de todo aquel vigor que puede suministrarles la influencia de un clima inalterable, sin causar en ellos el tiempo, sino muy tarde, las mutaciones a que van sujetos los atemperados. Después de sesenta o setenta años de edad comienzan a encanecer, y no se ponen calvos sino cuando se acercan a los cien años. Una tarda muerte viene de ordinario a terminar la larga carrera de sus días. A la verdad, se ven de ellos muchos, principalmente entre las mujeres, que viven más allá de los cien años, manteniendo fuerzas para montar diariamente a caballo y agilidad para no necesitar ayuda para ponerse sobre la silla. Más serían de éstos, si ellos no se entregasen tanto a la borrachera. Admira ver a estos indios, hasta la edad más decrepita, conservar, no sólo sana la dentadura, sino la vista como de un joven y la memoria de un hombre. Muchos mueren sin haber pasado un dolor de cabeza en su dilatada vida. En suma, ellos parece que sólo mueren porque ésta es la ley fulminada de Dios contra todos los hombres”.

El copihue simboliza en forma admirable a la raza araucana. Cuesta enormemente aclimatar la planta en nuestros parques, como si ella no pudiera vivir sino en medio de las selvas.

Muchos gobernantes trataron de reducir los indios a pueblos, pero ellos resistieron tenazmente esta nueva modalidad de vida. El padre capuchino Jerónimo de Amberga, en un interesante estudio sobre esta materia, habla del "horror casi supersticioso del araucano a la vida en pueblos como un instinto de conservación".

Los padres salesianos de Tierra del Fuego, supieron atraer en forma apostólica a los indios y concentrarlos para su educación, aunque tuvieron que sacar a las casas construídas para ellos las puertas, ventanas y el piso, a fin de que pudieran hacer fuego en el suelo. Sin embargo, a pesar de toda la delicadeza de tratamiento que pusieron los padres, los indios fueron diezmándose poco a poco.

En Arauco, recuerdo el hecho hermoso de rebeldía de Maquehue, en Cautín: el capitán Antonio Pedreros, en tiempos del gobernador Poveda, quiso obligar con las armas a que los indios se concentraran y el río Quepe se tiñó con la sangre de los aborígenes que, en plena corriente, les impidieron pasar, matando nada menos que al propio capitán Pedreros y a muchos de sus compañeros. Esto sucedió en 1694.

Don Guillermo Feliú Cruz, en su obra sobre las *Encomiendas*, dice:

"El indio, como alma primitiva, es como el pájaro, que necesita del aire libre y de la vida natural. Si sus rucas estaban aisladas, muchas leguas unas de otras, es porque todavía no salían de la etapa de la vivienda de nido. El pueblo a que fueron reducidos era verdadera cárcel, jaula donde estaban como prisioneros. A más de ellos, estaban en la obligación de realizar cierta cantidad de trabajo. Como pueblo primitivo, todas sus actividades son espontáneas y pueden considerarse como un juego, como un deporte. El trabajo es el polo opuesto al juego; supone esfuerzo, aplicación. Es injusto cuando decimos que el indio es flojo, haragán, etc. Hay que imaginarse la depresión psíquica habida en el alma de los naturales, al querer transformarles no sólo en sus formas de vida material, sino también

espiritual. Este querer adaptarlo a una esfera vital distinta fué lo que produjo su disminución.

“El progreso lo llevamos en nuestra propia sangre, y ascendemos a planos superiores de vida sólo por evolución lenta e histórica. El indio, lejos de civilizarse, al negarle su vida se entorpecía. Para el indio, la tierra extranjera es peor que para los cristianos el infierno. El concepto de ciudad tiene primero que nacer como sentimiento y como necesidad”.

Dos libros interesantes y hermosos.—Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán ha pagado con creces su deuda de gratitud hacia la raza araucana. El valor de su padre se hermanó con la nobleza de los grandes guerreros aborígenes. Su hijo, prisionero de los indios, cosechó los frutos de lo sembrado por su progenitor, y pudo apreciar la generosidad y grandeza de alma de nuestra raza india.

Dos escritores nacionales, el presbítero Alejandro Vicuña y Angel Custodio González, han comentado y reproducido, en sendos libros, *El Cautiverio Feliz* de Pineda y Bascuñán, joven de 19 años que, el 15 de mayo de 1629, cayó en poder de los indios en la batalla de Las Cangrejeras, lugar cercano a Yumbel. Permaneció cautivo durante poco más de medio año.

¡Qué hermosa novela! ¡Qué bello poema es el de Pineda y Bascuñán! Es nuestra *Araucana* criolla, como la llama el presbítero Vicuña. Es la reivindicación del indio, noble y grande en la paz como en la guerra.

En Pineda y Bascuñán los indios rindieron el homenaje más hermoso al enemigo, cuando en él se unen el valor y la hidalguía propios de los valientes. Su retorno al lado de los españoles fué una apoteosis. Ya entre ellos, repite agradecido: “De esta calidad y naturaleza son los indios, que algunos llaman ingratos, desconocidos y traidores. Con ciertas experiencias y antiguos conocimientos podemos decir los que dilatados tiempos los hemos manijado, dejando aparte el odio y la pasión que sus barbaridades han causado a muchos, que sus acciones y arrestos valerosos han sido justificados, por haberlos

ocasionado nuestras tiranías, nuestras inhumanidades, nuestras codicias y nuestras culpas y pecados”.

Uno de sus protectores, el cacique Quilalebo, le hace reflexiones llenas de justicia con respecto a la conducta del hispano: “¿Por qué los españoles, dice, nos tienen por tan malos como dicen que somos? En las acciones y en sus tratos se reconoce que son ellos de peores naturales y crueles condiciones, pues a los cautivos los tratan como a perros, los tienen con cormas (especie de grillos de madera), con cadenas y grillos, metidos en una mazmorra y en continuo trabajo, mal comidos y peor vestidos, y como a caballos, los hierran en las caras, quemándolas con fuego. Si acá hiciéramos eso con vosotros, no habría que maravillarse, cuando seguíamos vuestro camino”.

Con respecto a esto, hay que advertir que existía asentimiento unánime entre los indios de que las mujeres españolas eran más crueles que los propios hombres.

Y el cacique araucano agrega estas palabras, propias de un pueblo de héroes: “Los tenemos tan en la memoria, que es imposible que la tierra vuelva a sujetarse a los españoles y deje de haber guerra, porque aunque no quede más que un indio solo, ése ha de andar con las armas en las manos y perecerá con ellas, antes que vivir sujeto”.

Las palabras de despedida de Quilalebo están llenas de emoción:

“Y vos, capitán, amigo y compañero, que os ausentáis de nosotros y nos dejáis lastimados, tristes y sin consuelo, no os olvidéis de nosotros, significando a los españoles, vuestro hermanos y compañeros, que no somos tan malos, ni de inclinaciones tan perversas como nos hacen. Que aunque es verdad que el común de los soldados es compuesto de mocetones solteros y de gente desgarrada, ociosa y atrevida, como los que entre españoles se acostumbra, éstos son los que no tienen ley, razón ni piedad; que los hombres nobles, caciques y toquis principales, todos los más son apacibles, corteses, piadosos y allegados a la razón y justicia, como habréis experimentado en éstos que os han asistido, pues no podréis decir que haya habido alguno

que perdiéndoos el respeto, os haya dicho una mala palabra, ni aún mirado con malos ojos”.

Agregó el cacique: “Lo que os ruego de mi parte, es que cuando estéis entre los vuestros, os compadezcáis de los cautivos, solicitéis sus rescates, no permitáis que los vejen, ni que a sangre fría los ahorquen ni entreguen a los indios amigos, como suelen hacerlo, para quitarles la vida atrozmente. Haced con ellos, finalmente, lo que con vos hemos hecho; y cuando no con tantas finezas, por lo menos que reconozcan los pobres que habéis estado cautivo y atribulado en ocasiones, y con riesgos conocidos de la vida”.

Desgraciadamente, ni Pineda, ni algunos sacerdotes-apóstoles y personas de corazón bien puesto, fueron oídos por las autoridades españolas. Y la guerra siguió implacable por centurias, cumpliéndose así las palabras del indio amigo de Pineda y Bascuñán. Este habla así de las autoridades españolas: “Si en alguna parte del mundo tienen lugar y asiento los desterrados y facinerosos, es en este reino, porque saben ser lisonjeros, revoltosos y usurpadores de haciendas, con las cuales saben y han sabido adquirir los oficios preeminentes en la milicia, perturbados los espíritus y entendimientos de los que codiciosamente gobiernan”.

Y el presbítero Vicuña agrega, a manera de glosa, estas mordaces palabras: “¡Aún estamos en las mismas, Bascuñán!”

El indio en Chile ya está liquidado. Pero no olvidemos lo que fué: gloria de Chile y gloria de América; que tuvo el honor de medir sus armas, como de igual a igual, con el glorioso pueblo español, y su hijo de Chile, durante más de tres siglos.

Don Francisco Encina cree que si aquí no se hubiera interrumpido el desenvolvimiento independiente y libre del pueblo araucano, habría evolucionado en forma parecida al Japón, y habría cumplido un destino en este extremo de América.